

## **Conferencia Inaugural del XII Curso Interamericano de Elecciones y Democracia**

*Enrique Krauze*

**Auditorio del Instituto Federal Electoral /  
México, D. F., 24 de abril 2006.**

Muchísimas gracias a ustedes estimados amigos mexicanos y latinoamericanos por acompañarnos en esta hora, que no es excesivo llamar, histórica para México.

Sabemos que el año 2006, por algún tipo de conjunción cabalística, está siendo muy importante desde el punto de vista del desarrollo político para toda la América Latina; pero yo me propongo, en el espacio que se me ha asignado, hablar de la historia de las elecciones en México para resaltar por qué, la del año 2006 y el momento en el que ustedes nos visitan, es un momento histórico, sin duda alguna crucial, porque es el primer momento en el cual los mexicanos tenemos una oportunidad de refrendar nuestra democracia.

Como verán ustedes en el recuento que voy a hacer, solamente en dos ocasiones en nuestra historia, México se dio a sí mismo un régimen democrático. Por desgracia, en ambas ocasiones no pudimos refrendarlo. Esta es la primera vez en que tenemos esa oportunidad y la prioridad número uno cívica e histórica en este instante, es refrendar esa democracia.

Quiero dar comienzo a este viaje histórico vertiginoso, leyendo un fragmento de nuestro historiador distinguidísimo

## México

---

del México prehispánico, Miguel de León Portilla, sobre cómo los mexicas elegían -entre comillas- a su gobernante, al Tlatuani.

Recordarán ustedes que en México, en los tiempos predemocráticos, existía la costumbre del “tapado”. El presidente saliente tenía el derecho de designar a quien lo iba a suceder. Este tenía el poder absoluto por seis años y la completa inmunidad cuando salía del poder; pero tenía que dejarlo a los seis años. La clave era el “tapadismo” mexicano.

Este es un país cargado de historia, van ustedes a ver por qué. En tiempo de los mexicas -recoge este testimonio León Portilla-, cuando dejaban unificadas la deliberación y el escoger, se hacía una la palabra. Se daba la orden de que todos se reunieran y se disponía que todos los nobles aparecieran juntos en el patio del templo de Huichilopochtli. Era temible ser escogido Tlatuani, y algunos de entre los nobles que temían ser escogidos para el rango de Tlatuani se escondían, se ocultaban. Aquellos a los que decían señores y jueces, tomaban al Tlatuani con presteza delante de la gente y entonces todo el pueblo lo miraba.

Por fin -dice León Portilla- se había logrado atinar con aquel que satisfacía, de hecho, los intereses de los tácitos electores. Entonces podía levantarse el velo. Delante de la gente, todos lo veían. Los padres de familia, los ancianos, todos. El candidato en quien había recaído la elección se llamaba el Tlapepenalistli o -como se diría hoy en México para ese propósito- el pepenado. Representaba de hecho los intereses de los grandes electores. El, por tanto, no iba a encontrar ninguna oposición a su cargo.

Esta costumbre prehispánica de elegir al Tlatuani pepenándolo, tomándolo de un grupo, tapándolo y luego descorriendo el velo, es lo que cada seis años tuvimos en México durante el Siglo XX.

Obviamente, durante la época colonial los gobernantes, los 63 virreyes, vinieron de España; pero había cierta costumbre de elección directa en los cabildos indígenas.

## XII Curso Interamericano de Elecciones y Democracia

---

En el Siglo XIX, a partir de 1824 hasta 1857, existieron elecciones. Indirectas, es cierto, pero elecciones, y una apasionada voluntad de que México tuviera ese orden democrático republicano federal que, ahora, apenas ahora, estamos comenzando a consolidar.

Desgraciadamente, en el siglo XIX ocurrieron, como ustedes saben, guerras intestinas, invasiones, pérdidas de territorio, toda suerte de desgracias que impidieron que se consolidara ese experimento que duraba poquísimo tiempo, porque siempre era interrumpido por revoluciones, golpes de estado y pronunciamientos.

La verdadera primera etapa democrática de México, ocurrió en la llamada “República restaurada”, entre 1867 y 1876. Fue la época del Presidente Benito Juárez y del Presidente Sebastián Lerdo de Tejada. En esa época, México gozó de división de poderes sustancial, de libertad de expresión plena, autonomía del Poder Judicial, elecciones libres, limpias, competidas.

Apenas comenzaba a consolidarse ese experimento, cuando un joven caudillo, Porfirio Díaz, se levantó en armas contra ese régimen. Desplazó al Presidente Sebastián Lerdo de Tejada. Tomó el poder en un golpe de estado e inmediatamente convocó a elecciones. Es decir, formalmente no podía dejar de haber elecciones. La democracia era, aunque fuese formalmente, un sistema que había que respetar. No obstante, se había perdido la primera oportunidad de refrendar la democracia mexicana. Juárez murió en 1872 y Sebastián Lerdo de Tejada salió de México al exilio.

El Presidente de México fue un solo hombre; notable hombre, sí, pero un hombre: Porfirio Díaz entre 1876 y 1911, con una pequeña interrupción entre 1880 y 1884, casi con un periodo de paréntesis, como de descanso.

En la época de Porfirio Díaz había elecciones cada cuatro años, pero solamente había un contendiente. Había Poder Legislativo -¡cómo no!- pero Díaz decía quiénes iban a ser los legisladores. También había Poder Judicial pero, en ese caso la

## México

---

esposa de Porfirio Díaz, decidía quiénes eran los magistrados más convenientes. La prensa circulaba; había prensa, pero la prensa era libre hasta cierto punto: hasta el punto que decidía Porfirio Díaz que, sin embargo, no fue un dictador particularmente sangriento o tiránico. Al contrario, fue un hombre que modernizó económicamente a México. Este fue un país pacífico por fin; ordenado.

Fueron muchos años; casi cuatro décadas de este desarrollo, pero algo le faltaba al país. México tenía esa nostalgia de la libertad y de la democracia políticas que había gozado por un brevísimo periodo, y claro, los liberales de aquella época se preguntaban “¿por qué teníamos que haber renunciado a la democracia y a la libertad? Podíamos haber enfilado al país hacia el progreso económico y social, sin necesidad de renunciar a la democracia”.

En 1911, ese régimen fue derrocado violentamente por una revolución, pero una revolución democrática encabezada por el demócrata más puro que ha nacido, no solamente en México, yo creo que en América Latina y probablemente en el mundo: Una especie de santo de la democracia que se llamó Francisco I. Madero y que en su tiempo fue conocido como “el apóstol de la democracia”.

Gobernó al país en 1911 por apenas 15 meses; después de tener México, por segunda vez, elecciones limpias, libres y ordenadas. Por 15 meses se tuvo, de nueva cuenta, la oportunidad de ensayar la división de poderes y la más absoluta libertad de expresión. Se dispuso de un federalismo auténtico; los estados eran poderosos, había elecciones en los estados y en los municipios. En la mente y en el proyecto de Francisco Madero el país parecía una democracia perfecta. México vivía casi una utopía, pero claro, por desgracia las cosas buenas a veces no duran y, por segunda ocasión, México vio que su democracia desembocaba en un régimen dictatorial.

En la primera ocasión, la República restaurada de Juárez y Lerdo, había desembocado en una dictadura. La segunda

## XII Curso Interamericano de Elecciones y Democracia

---

ocasión, la de Madero, fue mucho más breve: sólo 15 meses. También desembocó en una dictadura y luego en una revolución que duró siete años más, hasta 1920.

Si Madero hubiera vivido hasta 1915, en México hubiésemos tenido la oportunidad de refrendar la democracia de 1911, pero el golpe de Estado que asesinó a Madero acabó con esa esperanza y México tuvo que esperar la moderada cantidad de 90 años para tener su nuevo experimento democrático.

Durante la época posrevolucionaria de 1920 en adelante, México prosperó en muchos sentidos. Avanzó en muchos sentidos, progresó en muchos aspectos pero no en el político. En 1924 hubo una rebelión por asuntos electorales.

En 1928, un ex presidente, Álvaro Obregón, había decidido volverse a postular para la presidencia. Ya había sido presidente entre 1920 y 1924. En 1927 decidió que quería volver; que le había gustado la silla presidencial. Pagó con su vida por ese atrevimiento, porque el primer mandamiento de las “Sagradas Escrituras” -que esperemos sean siempre sagradas- de la vida histórica mexicana es “sufragio efectivo no reelección”. Obregón quiso, estuvo a punto de violar ese primer mandamiento, pero fue asesinado.

En ese momento el hombre fuerte de México era el general Plutarco Elías Calles. Declaró que México daba fin a la era de los caudillos y comenzaba la época de las instituciones y fundó el Partido Nacional Revolucionario -el PRI-. A partir de entonces, de 1934 a 1988, hay nueve sucesivos presidentes sexenales del PRI.

En cada uno de esos periodos hubo elecciones. También se presentaron candidatos muy débiles de oposición: en algunos casos de izquierda, en otros del PAN -desde 1939- y el método de elección era el que les narré. Al principio, era muy parecido al método azteca o mexica de tapar, de negociar en lo oscuro, de tapar a los candidatos y de develar de pronto al candidato electo. ¿Quién no recuerda que entre 1934 y 88 se generó en México toda una cultura de la falsificación y el fraude

## México

---

electoral? Era una especie de folklore mexicano. Hablábamos de eso como si habláramos de los charros de Jalisco o de Pedro Infante; o de Cantinflas o María Félix.

¡Qué curioso país! Inventamos la alquimia electoral. A quién se le había ocurrido semejante portento. Las urnas “empanzonadas” y toda una serie de vergonzosos arbitrios que empezaron a parecer vergonzosos a aquellos mexicanos con conciencia cívica que les bastaba salir del país para darse cuenta. Qué extraño. Qué mal. Qué mala imagen dejaba del país: que las páginas de los periódicos, en las páginas internacionales nuestro país saliera únicamente a colación cuando sobrevenían desastres naturales, terremotos, magnicidios o fraudes electorales.

Ese proceso tenía que terminar, y en la década de 1980 muchos mexicanos presionaron. Presionamos a partir de los hechos democráticos y de desafíos democráticos en el norte del país; para que el país empezara a tomar en serio la posibilidad de volverse una democracia simplemente normal.

En 1988 el sistema político mexicano, que ya había llevado la alquimia a la sofisticación electrónica, vio que los resultados no favorecían al candidato del PRI. Hay que aclarar que el gobierno mismo era juez y parte en las elecciones y hubo una famosísima declaración del Secretario de Gobernación, diciendo que el sistema “se había caído”. Pero lo que se había caído era la fe y el crédito público en las elecciones.

Todos los días, el país llegaba a la primera plana de los periódicos como el “New York Times”, debido a un nuevo fraude electoral que el presidente o el Secretario de Gobernación tenían que resolver con una palabra que también ha desaparecido, como todas esas, esperemos que para siempre, del lenguaje político: la “concertación”. Horrible palabra que en esencia quería decir: “a cambio de que nos apoyen en la Cámara, les vamos a conceder tal diputación, tal gobernatura o presidencia municipal”.

## XII Curso Interamericano de Elecciones y Democracia

---

Tenía que terminar mal esa historia y terminó muy mal; nada menos que con el asesinato de un hombre bueno, que era el candidato del PRI a la Presidencia de México en el 94, Luis Donaldo Colosio.

Estaba absolutamente claro -y el Presidente Zedillo lo entendió así- que había que abrir el sistema político mexicano. Había que introducir la mayor de todas las reformas, que era la más sencilla de todas las reformas: contar limpiamente los votos, para lo cual le dio al IFE la personalidad que ahora tiene y de la que ha hecho un uso ejemplar en los pocos años que tiene de ejercer su mandato.

A tal grado llegó el crédito del IFE, que en el 97 la oposición ganó, por primera vez, la mayoría en el Congreso, y el PRD, el partido de izquierda, fundado por Cuauhtémoc Cárdenas en 1989, obtuvo la jefatura de gobierno en el Distrito Federal. Estaba absolutamente claro que la transición democrática en México era irreversible y lo fue ya en una manera definitiva, pero faltaba esa prueba, la de la alternancia del Poder Ejecutivo.

El PRI había gobernado a México desde 1929. Faltaba ver si el PRI iba a soltar el poder, a raíz de elecciones limpias, libres, ordenadas. Y ocurrió lo que muchos esperaban que fuera a pasar dentro de muchos años o de manera violenta o desordenada. Ocurrió una especie de revolución absolutamente pacífica, como de terciopelo. Más aterciopelada que la de Praga. Un cambio ejemplar; la transición a la democracia, con el triunfo del Presidente Fox y Acción Nacional.

De entonces para acá -y lo olvidamos con mucha frecuencia-, hemos vuelto a habitar ese territorio casi inédito para nosotros que es el territorio de la democracia. Hemos habitado la casa de la democracia, como en la República restaurada del siglo XIX o en los 15 breves, fugaces meses de Francisco I. Madero.

En México hay división de poderes. En México la prensa y los medios actúan con la más absoluta libertad. En México hay una “Ley de Transparencia” que ha servido para comenzar

## México

---

a combatir la corrupción, que es una de nuestras indudables llagas históricas. Y en México hay elecciones limpias, libres, poco protestadas o casi no protestadas, y si son protestadas, ahí está el Tribunal Federal Electoral para dirimir esas protestas, no sólo en el nivel federal sino estatal y municipal.

Esto, amigos, amigas, para quienes hayan vivido, como es el caso mío, desde los años 60, con los ojos más o menos abiertos a la vida política, no es un milagro, pero sí es un logro extraordinario.

Escuchamos el testimonio de don Roberto Cuéllar, representante de esa ejemplar democracia que es Costa Rica, país que deberíamos de homenajear todos los países latinoamericanos, y ese homenaje se lo debemos. Al ver lo que otros países latinoamericanos están logrando ahora, reflexionamos, y deberíamos ante todo aquilatar, valorar lo que colectivamente hemos logrado. Pero frente a nosotros se presenta, dentro de 69 días el momento de la verdad. Antes, durante y después del 2 de julio necesitamos ver si podemos refrendar nuestra democracia.

Juárez y Lerdo de Tejada presidieron una democracia que desembocó en una dictadura. Madero presidió una admirable, casi angelical -diría yo- democracia, que desembocó en una dictadura y peor que en una dictadura, en una revolución.

Hoy, a 69 días de distancia de las elecciones del 2 de julio tenemos la tercera oportunidad de refrendar nuestra democracia; y como dice el buen refrán, la tercera es la vencida. ¿Podremos lograrlo, sabremos lograrlo?

Nuestro primer deber es defender al IFE. El IFE es una institución joven en México; casi tan joven como nuestra democracia. Durante el primer tramo de su gestión, José Woldenberg y su grupo se desempeñaron de manera notable. Se ganó el respeto y la credibilidad de los ciudadanos revirtiendo la apatía ancestral, la falta de fe, los intereses creados y la falta de experiencia.

## XII Curso Interamericano de Elecciones y Democracia

---

En su segunda etapa, bajo la dirección o presidencia de Luis Carlos Ugalde, el IFE y sus consejeros han conseguido consolidar su posición y su autonomía, no mediante desplantes retóricos, sino con hechos tangibles, con normalidad en los comicios y con un estilo sobrio, responsable, que es el que reclama la seriedad histórica de su misión.

Antes, durante y después de las elecciones del 2 de julio, el IFE podría estar sometido a tensiones fuertes, quizá extremas. Los ciudadanos que iremos a votar ese día histórico seremos su mejor baluarte, pero todos los protagonistas de esa jornada, funcionarios, representantes, deberán hacer su parte a sabiendas de que del conteo imparcial y escrupuloso de cada boleta pende la paz social en México y el refrendo de nuestra democracia.

Otros protagonistas deberán también hacer su parte. Los medios serán decisivos; deberán dar una lección de madurez y objetividad en sus coberturas. Pero serán los partidos, y sobre todo los candidatos, los mayores responsables de estar a la altura de las circunstancias. Los derrotados, aunque fuera por un voto, deberán alzar lealmente la mano del triunfador y el triunfador deberá asumir su triunfo con generosidad y decoro frente a sus adversarios.

El IFE y el TRIFE son las instituciones garantes de la democracia. Son jóvenes pero son vigorosas y sólidas. Nos las hemos dado. Han mostrado su rectitud. Nadie debe ya ponerlas en entredicho.

Junto con la división de poderes, estas instituciones constituyen un valladar contra el poder absoluto en manos de un partido o de una persona. Respetándolas evitaremos la discordia; esa plaga que ha asolado en demasiadas ocasiones la historia mexicana. Respetándolas recobraremos la concordia; ese mínimo acuerdo pacífico, sereno, racional, libre, sobre los fundamentos morales de nuestra sociedad. Muchas gracias.